

Informe Trabajo Final de Grado

Estudiante: Déborah Silva Celentano

Título: La Autoficción y sus aportes a la Psicología Un análisis basado en *Las Cartas que no llegaron*, de Mauricio Rosencof

Tipo de trabajo: Ensayo

Docente Tutora: Asist. Mag. Andrés Granese

Docente Revisora: Asist. Mag. Natalia Laino Topham

Período solicitado para Lectura Pública: Segunda quincena de junio 2024.

El trabajo de Déborah Silva Celentano aborda las relaciones entre la escritura y la psicología. Sería este el campo, en términos generales, en el que se inscribe su TFG. Toma como escenario de su ensayo reflexivo *Las cartas que no llegaron* de Mauricio Rosencof, libro de referencia en la literatura uruguaya, y el concepto de autoficción, proveniente de la escena literaria, de la crítica y el teatro.

En este marco lo primero que hay que señalar es el abordaje de la escritura que propone la autora. Aquí, la escritura no es apenas un medio a través del cual se representa algo que está o estaría en otro lugar (la mente, la imaginación, el afecto, etc.), sino un espacio de producción subjetiva *per se*. Escribiendo el sujeto se produce escritor y ésto, que puede significar muchas cosas, lo que no puede ser reducido a la función institucional “escritor”, como aquel para quien la escritura tiene el fin último de la edición y la publicación. Esto, que es un modo posible, no es el único. Devenir escritor a través de la escritura, en este caso, lo que pretende es señalar la experiencia singular que implica el hecho de escribir.

Por este motivo es que la escritura abandona el campo de la literatura o el análisis literario y pasa a ser también objeto de la psicología, porque lo que está en juego no es ya la producción de un texto

sino de un sujeto. Un sujeto narrativo que se arma entre la persona en sí y el papel y, fundamentalmente, en el gran *entre* que habita en medio de ambas instancias.

Justamente aquí es que la autoficción, en tanto concepto, más allá del género narrativo, viene a producir un acontecimiento epistemológico, si se quiere. En cierta medida, al plantear que la escritura sobre sí transforma ese sí mismo, se rompe la barrera disciplinar, de raigambre moderna, entre el universo de la literatura y el de la psicología —en tanto disciplina científica—: ahora, desde las letras, se llega a la subjetivación.

A partir de aquí se puede desatar una relación aún más osada: la psicología deviene un género literario y la clínica un *espacio literario*; emulo aquí a Blanchot. Las relaciones entre psicología y literatura se afectan drásticamente. Estas disciplinas se han convocado históricamente, sobre todo desde el psicoanálisis. Éste último ha sido material de inspiración para toda la literatura subjetiva del Sxx. Por su parte, el psicoanálisis sería impensable sin la literatura: los conceptos han nacido de ella, Freud insistió siempre en que nadie sabe más del alma humana que los poetas, y también asumía que sus descripciones de casos hacían pensar tanto más en novelas que en escritos medico-clínicos, las interpretaciones psicoanalíticas de obras literarias han sido sostén para la teoría, etc.

Sin embargo, la separación estaba a salvo, una cosa es la literatura y otra es el psicoanálisis.

Asimismo, la psicología siempre se ha valido de la literatura como herramienta terapéutica, lo mismo que de otras artes, pero siempre así, como *herramienta*, es decir, como algo que se utiliza para un fin que no es su uso en sí mismo, sino el efecto que demanda la terapéutica.

Lo que envuelve al trabajo de la egresante, cruza esta línea divisoria, puesto que piensa —lo que plantea conlleva esta reflexión— que la literatura es un espacio en sí de producción subjetiva o, podríamos decir, de desvío clínico, en tanto *clinamen*. Para este movimiento, del cual el concepto de autoficción es articulador, la psicología debe desanclarse, definitivamente, de una concepción positivista que postule una verdad “verdadera” de las cosas, una exégesis documentada de la experiencia, la constatación, la prueba que une la palabra con el hecho, el recuerdo con su vivencia, todo eso que la academia tiende a llamar de “evidencia”; debe saltar hacia el lado de la ficción. En este punto, el desvío es radical.

Claro que esto no debería sonar tan novedoso. Siempre se supo que el sujeto se ficciona en el escenario clínico, la memoria es ficción, es creación, pero por eso mismo siempre dudamos de la memoria. Y no es un error dudar de la memoria, pero sí resultaría ya un error persistir en relacionarnos con la memoria desde el eje verdadero-falso. Esto no es más que una obsesión policíaca donde no se ha cometido ningún crimen.

Salvando los problemas institucionales que las disputas del saber conllevan, en realidad, plantear la potencia de la ficción en la clínica no es nada muy osado ni extraordinario. Es, primero que nada, poner sobre la mesa lo que ya todo sabemos: nuestra “realidad” social, desde nuestra historia a nuestro presente, se sostiene en ficciones, de la Biblia al Estado. Es, también, extender esta perspectiva a la historia familiar y personal: relatos, estructuras narrativas, obras maestras y obras proscritas, páginas borradas, perdidas y hogueras inmensas, frente a monumentos, clásicos y galardones; en definitiva, no solo sobre lo que no sabemos o sobre lo que dudamos saber es que ficcionamos, sino también sobre aquello que es “verdad”. La verdad es otra narrativa, legitimada sea por grandiosidad o por mera costumbre. Finalmente, estos planteos tampoco implican un gran hallazgo desde el punto de vista de la teoría de la performatividad del lenguaje. La psicología, insisto, fundamentalmente desde el psicoanálisis, siempre ha estado allí, aún cuando ha renegado de ello buscando legitimarse ante la ciencia hegemónica.

Es en base a estas referencias que nuestra colega puede elaborar en Trabajo Final de Grado en psicología como el que ha realizado. Es un ensayo teórico que se apoya en la inspiración intelectual y afectiva, también política y humana, que en ella despierta el libro de Rosencof.

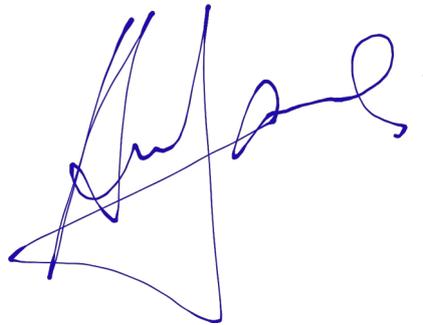
Ha habido algunos riesgos a atravesar: en primer lugar, el más evidente, ella está tipificando como autoficcional una obra que no se encuadra, que no pretende encuadrarse de ese modo. De hecho, desde el punto de vista del género literario, el texto de Rosencof no cumple con una premisa básica: que autor, narrador y personaje coincidan. Pero para saldar este compromiso, el texto debe posicionar la autoficción no como concepto por y para la literatura, sino para la psicología, no en la creación literaria, sino en la creación literaria de la subjetividad. En segundo lugar, el riesgo de pretender interpretar al sujeto escritor, a Mauricio Rosencof en tanto individuo, cosa que sería por demás inapropiada desde el punto de vista ético además de ser improcedente desde el punto de vista teórico: no sería otra cosa que anteponer una teoría (supuestamente válida) a un sujeto y una historia. Déborah se encarga de no caer en esto, puesto que su lectura no es biográfica sino que es, nuevamente, un ensayo teórico sobre el concepto de autoficción y sus relaciones posibles con la psicología.

Su apuesta es pensar cómo la ficción le permitió a un hombre, Mauricio Rosencof, abordar, bordear, recorrer, decir, hablar, pensar, sentir, vivir la pregunta ¿qué pasó con las cartas que no llegaron? La respuesta no hay que buscarla en otro lugar que no sea el mismo libro de Rosencof. La ficción no es ni más ni menos que abrir un espacio allí donde todo estaba cerrado: ¿qué cartas no llegaron? ¿qué es lo que no llega cuando no llega una carta? ¿de qué es metáfora una carta? ¿qué pasa en el mundo que un día las cartas dejan de llegar? Una guerra, un genocidio, una dictadura. ¿Qué pueden decir las cartas? ¿Cómo saber de la muerte y la desaparición a través de lo que no llega?

Escribo esto en vísperas de un nuevo 20 de mayo. ¿Dónde están las cartas?

Las cartas para ser enviadas deben plegarse, como se pliega la historia, los años 30 europeos en los 70 sudamericanos, el fascismo de allá con en el fascismo de acá, el odio con la economía y con la violencia, lo militar con lo civil, la ley con el ocultamiento y la impunidad. Pero también, frente a todo esto, también frente a todo esto se pliega el hijo en el padre, la infancia con la vejez, el recuerdo con el amor, la pregunta con la ficción, las cartas que nunca llegaron con la novela que nos ha sido dada.

Agradezco este TFG.

A handwritten signature in blue ink, appearing to be 'Andrés Granese Bortolini', written in a cursive style.

Andrés Granese Bortolini